



ORACIONES

A la Bienaventurada Virgen María¹

Capítulo General “Madonna dell Arco” (1974)

A ti Madre nos acercamos con confianza.
En ti, que has creído en las palabras mandadas desde el cielo
y las has llevado en tu corazón,
nos refugiamos la Familia Dominicana.
En ti se ha hecho carne la Palabra de la que participamos,
que contemplamos y que alabamos,
que predicamos y por la que vivimos.

Bajo tu amparo, hoy de nuevo,
nos consagramos al ministerio de la Palabra encarnada
y nos consagramos también a ti,
para que escuchando, como tú,
interiormente la Palabra y siendo ungidos por el Espíritu,
del que tú fuiste sagrario,
nos dediquemos incansablemente
a la predicación del nombre de tu Hijo por el mundo.

Tú, iluminada desde tu interior,
has conocido el misterio de la Palabra.
Haz que por ti podamos nosotros
percibir ahora su presencia en la historia de nuestro tiempo
para que lleguemos a contemplarla
cara a cara en el cielo.

A través de ti
el Padre envió a su Hijo al mundo para salvarlo;
que por ti podamos ser testigos ante los hombres
de la verdad que hace libres
y del amor que reúne.

Te pedimos que tú, madre nuestra,
aumentes nuestras fuerzas
y conserves el carisma de nuestra Familia Dominicana
de modo que todo lo realicemos para la salvación del mundo
y alabanza y gloria de Dios Padre.
Amén.

María o la plenitud del amor²

Fray Louis Joseph Lebret, O.P.

Virgen María, Madre de Dios.

Ninguno de los santos, ni los más grandes, agotó su capacidad de amor.

Cada uno fue en algún punto más o menos infiel.

Tú sola, después de Jesús tu Hijo, has sido la perfecta adhesión, la donación total.

Tú sola, preservada del pecado, has respondido siempre a Dios sin rectificar nada.

Tú sola te habéis inflamado en el Señor sin que ninguna mancha te contenga.

Tú eres la plenitud del amor, la ofrenda pura que nada se ha reservado.

Tú eres el «sí» nunca retractado, la respuesta total al amor infinito.

Tu amor fue perfecto cuando, niña, te lanzabas en la plenitud de Dios;

cuando Dios dilataba en Él tu alma que le buscaba en el misterio.

Tu amor fue perfecto cuando amabas tiernamente en ti al niño Dios que esperabas.

Tu amor fue perfecto cuando Jesús te colmó con sus caricias,

cuando te reveló poco a poco los secretos de los que aún no habías recibido la llave.

Tu amor se desenvolvió sin descanso alguno.

Tu engrandecimiento en el amor se aceleró durante toda tu vida.

Tu amor a tu Hijo, Hijo de Dios, ensanchó tu corazón en las dimensiones de toda la humanidad.

Nadie después de Cristo ha amado a la humanidad tanto como Tú,

y los sufrimientos que tu Hijo quiso padecer por ella han repercutido todos en ti misma.

Tú eres, después de Jesús, la persona que ha sufrido más por amor.

Porque reconocías tu total dependencia, Dios te ha dado la perfecta libertad del amor.

Porque no fuiste más que humildad, Dios te ha llenado de esplendor.

Porque no fuiste más que fidelidad, Dios ha consumado en ti su semejanza.

Dios no te ha preservado de la muerte, una muerte que no merecías.

Era preciso que realizases en la muerte lo que se había realizado en Jesús,

que agotases, en Él, el sufrimiento enteramente cargado de amor.

Era preciso que nos enseñases a bien morir.

Tu muerte fue un momento de gozo indecible.

Tu caridad, de repente, atravesó el velo que te separaba aun
de aquel que había tan ardientemente abrasado tu corazón.

Tu amor resplandeció en la visión frente a frente.

Virgen María, Madre de Dios.

Tu cuerpo santificado no conoció la corrupción.

Tu Hijo, el resucitado de entre los muertos, te recibió, cuerpo y alma, en su gloria.

Tú eres, junto a Él, la toda gloriosa.

Virgen María, Madre de Dios, Madre de los hombres.

Tú, cuya caridad no tiene límites en Dios.

Tú, cuyo amor no cesó nunca de crecer.

Tú que has adoptado a la humanidad.

Que el amor con que nos ha amado tu hijo nos purifique y nos transforme.

Que nuestro corazón albergue en sí a todos nuestros hermanos.

Que nuestra vida esté enteramente a su servicio:

Que los hombres renuncien a sus amores idólatras,
a sus mitologías engañosas, a sus antagonismos homicidas.

Que, en tu Hijo, aprenda a amar.

"Auxiliadora de los cristianos" mi invocación final³

Fray José M^a Guervós, O.P.

Virgen auxiliadora de mi vida:
“desde el destierro”, mi oración te implora;
“acordaos” de mí, Madre querida,
no te olvides de mí, auxiliadora.

Desde niño te quise; y este amor
llenó mi vida; siempre lo he sentido
dentro del alma, como un resplandor;
dentro del corazón, como un latido...

Y un día -con mis ojos en tus ojos-
oí tu voz -muy blanca- que me dijo:
deja la senda oscura y con abrojos
y sigue la radiante de mi hijo...

Y obedecí: marcaste mi destino
-auxiliadora y luz de los cristianos-
y he sentido -en mi ya largo camino-
sus manos y tus manos en mis manos...

y cuando Dios me llame en “aquel día”
de mi fin, mi principio y mi llegada,
recibe entre tus brazos, ¡Madre mía!
esta nada impaciente de “mi nada”.

11 de noviembre de 1993

1.- Actas Capítulo General O.P. Madonna Dell Arco 1974; LHOP, p.1857

2.- Louis-Joseph LEBRET, O.P., *Dimensiones de la caridad*, Herder, Barcelona 1961, pp. 197-199.

3.- José M^a GUERVÓS HOYOS, O.P., Obra Poética, San Esteban, Salamanca, 2004, p. 545